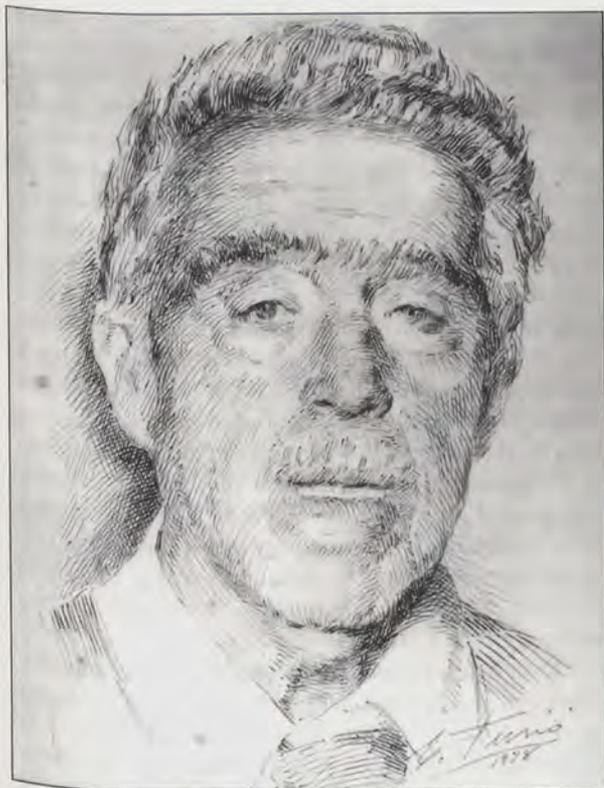


JUAN DE CONTRERAS, MARQUÉS DE LOZOYA



En la ocasión del centenario del nacimiento de don Juan de Contreras, marqués de Lozoya, académico que fue de Número primeramente y después, de Honor, de San Carlos, *Archivo de Arte Valenciano*, portavoz de la Academia, conmemora su figura, dando a la luz un trabajo, precisamente escrito, sobre la Valencia que conoció Lozoya, para alguna publicación segoviana, cuya aparición no conocemos, y que puede tener interés para los nuestros lectores, además del significado conmemorativo antes aludido.

Valencia fue para *Juan de Contreras*, marqués de Lozoya, un amanecer gozoso de luz y primor vegetal, de amplia perspectiva cultivada y culta que conllevaba una promesa de bien hacer en la enseñanza y de enriquecer su vida y entonarla con nuevas y sinceras amistades que lo serían ya de por vida. Catedrático joven y reciente, en

cuyo espíritu se asociaban la ilusión por ejercer su oficio con entusiasmo y la que le inspiraba la nueva tierra, que iba conociendo, ésta le inspiró, las siguientes palabras: *"me enamoré de aquella tierra,, en la que había de transcurrir una década, acaso la más dichosa de mi vida... Fui feliz"...* *"Hice el viaje de noche y al amanecer se me fue revelando la belleza de la huerta: un paraíso deslumbrador para quien había pasado su juventud en la grandiosa aridez de meseta"*. Habían quedado atrás los duros repechones, todavía manchegos, de Almansa y de Alpera y Bonete, libres ya de nieve a las alturas del viaje abrileno. De Valencia, evoca también algo más que un paisaje; la presencia del arte cuando añade: *"Dedicaba las tardes a recorrer calle por calle e iglesia por iglesia con la magnífica guía «Levante» en la mano de mi maestro don Elías Tormo. A cada paso, un palacio gótico, o renacentista, y las casas bellísimas del siglo XIX con la fronda de sus jardines asomada por tapiales"*. Y en una referencia más actual, lamenta cómo *"a las nuevas generaciones no les será posible deslumbrarse en las iglesias de San Andrés, San Martín, o los Santos Juanes con sus retablos dorados, sus aliceres de Manises o sus lechos policromos"*.

Volviendo hacia julio de 1925, precisamente siendo alumno suyo el cronista, añade: *"El otro día fui a un pueblo a ver la procesión de las espigas, en la cual se lleva al Señor a través de los campos al amanecer. No cabe imaginar nada más hermoso"*.

Valencia, la Valencia que más frecuentó Lozoya, era una ciudad en cierto modo breve; un barrio noble, céntrico y centrado por el romántico jardincillo del Parterre en la plaza entonces llamada del Príncipe Alfonso y hoy del Magnánimo, donde vivió en un entre-suelo de la casa de los Vallier, situada entre la de las "Coronas" y la antigua Aduana de Carlos III, entonces y ahora Palacio de Justicia. No lejos, transpuesta la de Colón, el arranque "de la del Conde de Salvatierra", donde en la casa de los Maestre, vino a vivir después Lozoya sin salir de la zona. Completábala en sentido opuesto, a través de las calles de Comedias, Vestuario, Tertulia y Libreros, de toponimia tan significativa y literaria, incluso la de la Universidad, muy corta entonces, y situado en ella el viejo edificio que, vio sus actividades docentes y fue albergue clásico de las Facultades

incluso la de Medicina, en su curso preparatorio y aún la de Ciencias (con su museo, envanecido del esqueleto de cetáceo perdido, como tanto más, en el incendio de mayo de 1932. Se ubicaba todo en el caserón de la calle de la Nave; con el paraninfo del *Padre Tosca*, llamado históricamente “el teatro”, porque lo fue y aún lo es a veces. Allí leyó Lozoya su lección de apertura del Curso 1930-31 sobre “El concepto romántico de la Historia”. Todo ello, o casi todo, es pura evocación, por haberse dispersado en Valencia las Facultades hasta fuera de su término municipal.

Enfrente, a pocos metros del aula donde explicaba el marqués, “el Patriarca”, Real Colegio de Corpus Christi, que como tal permanece, reliquia viva, donde por un prodigio de la historia —y de Dios— se admira el ambiente de la España de Felipe “el Grande”, y es encarnación trentina, templo modelo donde, el espíritu de Lozoya gozaba pluralmente: en lo litúrgico, allí tan observado, en el culto a la belleza, incluido lo musical, y el ser allí todo, a la vez, tan de época y tan intemporal.

A pocos metros de la Universidad y del Patriarca, esta área densísima se completaba con la casa social de las Congregaciones Marianas, “Centro Escolar y Mercantil”, creación genial, oportuna en su momento, del jesuita Padre José Conejos, con sus “academias” de ejercitación universitaria y oratoria que Lozoya frecuentó y ponderó, así como la buena biblioteca del Centro (“el Centro es mi centro”) decía, el gran Salón de Actos, capilla, a la vez que salón con su Inmaculada de caoba oscura, que el marqués hizo reproducir, pequeña, por el escultor y congregante alicantino *Pascual Sempere*; gran salón en el que Lozoya habló algunas veces, y en el que oyó a no pocos de los mejores ingenios y personalidades de la época —del *Padre Rodés a Tormo, Rafael Doménech, Jordana de Pozas, Pemán, el Cardenal Segura*—, aparte de asistir allí a Misas y Sabatinas.

En ese barrio, mini-barrio dirían hoy algunos y dirían mal, pasaba sus días valencianos Lozoya, no quedando tiempo ni ocasión casi para otras actividades y desplazamientos, ni quizás para incluir, en su programa vital, la asistencia, no lejos, a sesiones de música o teatro de lo que poca noticia tuvimos. Era una vida austérrima, votada al trabajo y al estudio; con frisar entonces en los treinta y tantos años.

Nos consta su paseo favorito, o uno de los que lo fueron —quizás por enlazar la parte más familiar a él de la ciudad, con el viejo cauce del Turia, embellecido por puentes y pretilos— que comparaba con semejante lugar de Lima y el Rimac. Siguiendo por el puente del Real, bordeando San Pío V (que le deberá la ubicación

de Museo y Academia, iniciativa cuestionada incluso por nuestra juvenil inexperiencia), llegaba a la iniciación de la calle de Alboraya, donde, frente al Real Monasterio de la Trinidad, se alzaba el palacete de su amigo Leopoldo Trénor; sede por lo menos hasta hace poco, de la Cruz Roja. Por otro puente, el de la Trinidad, que allí recae, o repasando el mismo del Real, alcanzaba el interior, haciendo estación en la hoy Basílica de la Virgen de los Desamparados, o en la Catedral, a cuyo coro vespertino, llevando los canónigos la capa magna de la Corona de Aragón, yendo por la Vía Sacra, entonces existente, como el recubrimiento neoclásico del interior de la Catedral tanto le gustaba recordar, así como el gran tesoro pictórico de la misma, hoy harto reducido. En el retablo mayor lucía, y él admiraba, el gran arte de los dos Hernandos leonardescos. Esta pintura, del primer Renacimiento, motivó años después una especial atención del marqués hacia el mejor de los dos pintores manchegos, que en Valencia habían brillado más que en otra parte, dando ello vida a su discurso de ingreso en la Real Academia de San Carlos, todavía instalada en el Carmen, en uno de los últimos actos allí celebrados, si no el último, en aquella sede y de cuyo tema y de su planteamiento por nuestro maestro nos consideramos herederos, pues insistiendo en él y con aquel estímulo, Yáñez de la Almedina nos ocupó ya casi medio siglo de actividad científica.

Y en este evocar temas predilectos del marqués, habrá que añadir su atención, un poco angustiada, por los frescos de *Palomino* en los Santos Juanes y en la Virgen de los Desamparados: el primero víctima de la insania iconoclasta, sugiriéndonoslo como tema de nuestro discurso de ingreso —ahora reeditado— en la repetida Academia valenciana, al que él se dignó contestar en nombre de la misma. No menos le debe su vida la tesis doctoral del que firma, precisamente sobre los orígenes de dicha Academia y, en general, sobre el gran movimiento europeo del academismo. Y aún al propio maestro se debe la atención al gótico valenciano, tema de nuestro primer trabajo impreso, luego muy ampliado en un estudio de mayor aliento sobre las “Vinculaciones universales del gótico valenciano” arrancando de lo que apuntara el propio marqués en orden a las referencias y raíces del gótico mediterráneo en el “Gesú” de Roma.

Lozoya fue un conspicuo asistente a las veladas y academias del “Centro”, incluso de la valencianista y de la de excursiones, recordándole en las hechas al Puig y Sagunto, Benisanó y Liria, con larga caminata hasta el Beaterio de San Miguel y, más tarde a Játiva, con

Sarthou Carreres; como “peregrinando” a Gandía y yendo a Alacuás, con ocasión de “retiros” en la “Casa de la Purísima”, viajando para ello en el tranvía de Torrente, con sesudos varones y una leva de jóvenes que, a su ejemplo, alternaba excursiones con catecismos y algunas visitas al Hospital y a “la Policlínica” aneja al “Centro”. La docencia se revestía de cortesía y aún de caridad al atender a alumnos y no alumnos en su

entresuelito de “Príncipe Alfonso”, en un rincón del Claustro o en un banco en el Parterre junto a los lotos de sus estanques.

FELIPE M.^a GARÍN ORTIZ DE TARANCO
Presidente de la Real Academia
de Bellas Artes de San Carlos